MAXENCE FERMINE

El violín negro

Venecia está invadida por las tropas napoleónicas. Johannes Karelsky, violinista cuyo talento ha causado admiración desde su infancia, enrolado en la armada francesa y herido en combate, encuentra albergue en casa de un enigmático *luthier*. La complicidad que los une desde el principio se convertirá rápidamente en una firme amistad; y la simple evocación de una voz femenina los arrastrará a territorios insospechados para ellos, uniéndolos hasta la muerte. El violín negro, la dolorosa obra maestra del *luthier*, ¿será en definitiva el instrumento de su pérdida o el de su redención?

En un lenguaje sobrio y poético, y con su reconocida sensibilidad para la belleza, Maxence Fermine, el autor de la celebrada *Nieve*, nos revela los secretos de las ciudades y de las almas.

«*Con una pureza y una crueldad cristalinas, Fermine cuenta una hechizante historia de música, de soledad y de amor loco, que atrapa y fascina al lector por su melancolía y su pasión, su negrura y su luminosidad.*» (Fabienne Pascaud, Télérama).

Maxence Fermine

El violín negro

Título original: *Le Violon noir*
Maxence Fermine, 1999
Traducción: Javier Albiñana, 2002
Ilustración: *Naturaleza muerta en el tablero*, Lubin Baugin, 1630

-

Revisión: 1.1
26.12.2022

La auténtica música está entre las notas.

WOLFGANG AMADEUS MOZART

I

1

Por una curiosa inclinación que rayaba a veces en la locura, Johannes Karelsky nunca tuvo otra meta en la existencia que transformar su vida en música. En otras palabras, su vida era una partitura inacabada que él descifraba a diario de modo cada vez más genial.

Johannes Karelsky era violinista. Interpretaba magistralmente piezas musicales que todo el mundo escuchaba arrobado pero que nadie oía de verdad.

En 1795, a los treinta y un años, alcanzó la plenitud de su arte. Le quedaban treinta y un años por vivir.

Vivía en Francia, en esa ciudad que llaman París y que, más que una ciudad, es una sinfonía de sonidos y luces.

Se sabía que era músico. En realidad, era algo más que eso. Johannes Karelsky era un genio de excelsitud casi divina. Deseaba secretamente componer una ópera tan sublime que, a través de ella, el compositor se dirigiría al cielo y hablaría con Dios.

2

Para llegar a ser un virtuoso del violín, es menester poseer dos cualidades: saber escuchar y saber oír.

Johannes poseía ambas cualidades. Sabía escuchar su instrumento. Sabía oírlo vibrar en el interior de sí mismo.

Cada día se entregaba a su arte desde las primeras luces del alba hasta el crepúsculo. A veces tocaba con tanta pasión que podía pasarse el día entero con los ojos cerrados, escuchando sus emociones. Pese a estar inmerso en sí mismo y en la música, veía el mundo mejor que nadie, pues su corazón permanecía abierto a la luz.

3

A la edad de cinco años, por un encuentro fortuito, nació en Johannes Karelsky el amor por el violín, lo que decidió el resto de su vida.

Una mañana de verano, en el parque de las Tullerías, un violinista cíngaro lo inició en el lenguaje de la felicidad.

Estaba jugando Johannes junto a un estanque cuando apareció en el recodo de la alameda un hombre con barba y cabellos negros. Sin pronunciar una palabra, el desconocido se detuvo en medio de la alameda y extrajo un violín de su estuche. El hombre era tan alto que en sus manos el violín parecía un juguete. Al poco, unos curiosos, intrigados por la traza del personaje, se congregaron a su alrededor. También Johannes, fascinado, se acercó a él.

El cíngaro, marcando el ritmo con el pie, ejecutaba una melodía tan arrebatadora que el niño, boquiabierto, contempló al músico ambulante como si fuese una aparición. Johannes permaneció largo rato inmóvil, hechizado por aquella música que oía por primera vez.

Quizás aquel cíngaro no fuera un excelente violinista, a buen seguro había aprendido a tocar sólo de oído, pero poseía una energía interior tan intensa que cada nota que arrancaba del instrumento parecía brotarle del corazón. En aquel lamento podía reconocerse la voz del músico, una voz en la que latían las aflicciones, los gritos de felicidad y de alegría de todos los cíngaros del mundo. Johannes lo sabía. Lo oía mejor que nadie. Comprendía la voz del violín.

También el cíngaro lo sabía, como sabía que Johannes pertenecía a su pueblo: el de los seres que han nacido para la música. Miró al niño y se puso a tocar para él una polonesa llena de lirismo y belleza, de una sonoridad tan extraña que sólo algunos

iniciados podían comprenderla. Johannes supo que aquel lenguaje era el suyo, el único que ya dominaba, el único que le ligaría en lo sucesivo con el mundo. Al escucharlo, había captado su mensaje. El cíngaro no interpretaba un simple fragmento musical, narraba su vida. Entonces el niño, cerrando los ojos, se dejó llevar por sus ensueños.

Vio los caminos de Bohemia y los abetos bajo la nieve, las veladas junto al fuego y los bailes de las mujeres. Conoció el errar de pueblo en pueblo, los padecimientos, las privaciones, los insultos, el frío, el hambre y la soledad. Adivinó también el alivio que produce ver abrirse una puerta, el calor de un hogar, el intercambio de sonrisas, la generosidad de los aldeanos, la música que templa los corazones, las risas, a veces el amor.

Todo eso vio Johannes. Y sus ojos lo traslucían.

Cuando acabó de tocar, el cíngaro tendió el platillo para mendigar unas monedas. Cuatro o cinco veces resonó el platillo metálico con una nota argentina. Cuando se acercó al niño, se arrodilló y, con cariñoso ademán, le acarició el cabello.

—Tú, pequeño, me has dado más que nadie con el calor de tus ojos.

Y se marchó como había venido.

A partir de aquel día, Johannes supo que era músico.

Dos años después, era violinista.

4

Johannes no tuvo un profesor propiamente dicho, sino que algunos maestros lo iniciaron en el aprendizaje del instrumento. Muy pronto tocó solo, con frecuencia sin partitura, por puro placer. El niño no era un alumno como los demás. Imitaba a los maestros, copiaba su técnica, pero, en el fondo de sí mismo, era ya un gran violinista. No tocaba con las manos sino con el corazón.

Muy pronto comprendieron sus profesores que no tenían ya nada que enseñarle.

—Es inútil que siga dándole clase —dijo uno de ellos a la madre de Johannes—. No puedo enseñarle a este niño lo que ya sabe.

La señora Karelsky no sabía nada de música, pero creyó que las palabras del músico eran sinceras. Comoquiera que acababa de perder marido y fortuna, decidió desquitarse y recobrar algo de lo perdido.

Así fue como, a la edad de siete años, Johannes Karelsky dio su primer concierto en la iglesia de Saint-Louis-en-l'Île, en París.

Aquella noche la gente abarrotaba la iglesia. El rumor había corrido como un reguero de pólvora y todo el mundo quería oír a ese niño capaz de dar cien vueltas a sus maestros.

La orquesta interpretó primero una sinfonía; luego le llegó el turno a Johannes. Cuando apareció con su frac, sus largos cabellos negros cayéndole sobre los hombros, y sus grandes ojos azules perdidos en sus sueños, se oyó un murmullo por toda la sala. Incluso pudo leerse la consternación en muchos rostros: parecía tan frágil, tan evanescente. ¿Cómo podía tocar bien un niño tan pequeño?

Johannes se acercó tímidamente, con su violín en la mano, y subió a una tarima. Luego se ajustó el instrumento entre el hombro y la barbilla y empezó a tocar. Tan pronto sonaron las primeras notas, el público comprendió que no estaba escuchando a un artista común y corriente.

Mientras tocaba, el niño cerró los ojos y se puso a bailar. Cada movimiento de sus dedos en el mango, cada toque con el arco, cada oscilación del cuerpo liberaban la energía que había en él. Johannes y su violín eran uno solo. Las notas volaban del instrumento, puras y cristalinas, para perderse en el vacío. El joven virtuoso impresionó a su auditorio por su deslumbrante técnica y un escalofrío recorrió al público. Aquello apenas duró unos minutos pero, durante ese lapso, la atmósfera vibró de emoción. Hasta la nota final.

Cuando terminó de tocar, se hizo un gran silencio. A continuación estalló una explosión de júbilo y el público rompió en una salva de atronadores aplausos.

Después del concierto, la gente acudió a felicitar al jovencísimo violinista. Entre los más entusiastas, se hallaban, por fortuna, algunos artistas famosos. Uno de ellos, impresionado por el talento del niño prodigio, ofreció de inmediato a la señora Karelsky hacerse cargo de la carrera de su hijo. La madre fingió al principio rehusar, dudó, intentó que pujaran más alto y, como a su pesar, aceptó.

A partir de entonces, los conciertos se sucedieron a un ritmo desenfrenado y el éxito fue fulgurante.

Unos meses más tarde, en los salones parisienses, a todos los labios acudía la misma pregunta.

—¿De dónde ha salido ese niño que toca como un dios?

¿Quién era aquel niño prodigio? ¿Quién era Johannes Karelsky?

Al poco, Francia quedó pequeña para dar cabida a su talento. Lo llamaron a Viena, a Madrid y a todas las cortes europeas. El niño, acompañado de su madre, que lo seguía como su sombra, descubrió Europa.

Inglaterra fue uno de los primeros países en recibirle y allí alcanzó un gran triunfo. La música parecía salvar las fronteras, y al

oírle la gente olvidaba los avatares de la política. En Londres, su actuación causó tanto revuelo que tuvo que dar siete conciertos, en los que se agotaron todas las localidades.

Durante una cena ofrecida en honor de Johannes, una *lady* declaró a la señora Karelsky:

—¡Su hijo es sencillamente asombroso! Sus amigos estarán orgullosos de él.

La señora Karelsky le agradeció el cumplido, esbozó una sonrisa de circunstancias y replicó:

—Que yo sepa, Johannes no tiene amigos.

La *lady* pareció muy sorprendida.

—¿Que no tiene amigos, a su edad?

—No. Pregúnteselo, ya verá.

La inglesa se volvió hacia el niño, que, sentado junto a un joven *lord*, se aburría soberanamente, y le preguntó:

—¿Quién es tu mejor amigo, hijo mío?

—Mi violín —contestó Johannes sin vacilar.

Cada noche, después del concierto, Johannes regresaba a su soledad de niño. Nunca se había sentido tan solo como desde que lo conocía todo el mundo.

5

Aquella vida llena de éxitos duró diez años. Hasta la muerte de la señora Karelsky. Al perder a su madre, Johannes perdió el único vínculo que le unía al mundo de los hombres, lo cual le causó una honda pena que nunca desapareció del todo.

Cansado de ser uno de esos monos sabios que se exhiben en todas las cortes de Europa, Johannes decidió interrumpir sus giras y quedarse definitivamente en París, donde dio escasos conciertos, todos con fines benéficos. Tenía diecisiete años y seguía tocando maravillosamente, pero ya no podía considerarse un prodigio.

Aquel niño que deslumbrara a los príncipes no tardó en caer en el olvido. Corrían tiempos turbios, el poder se tambaleaba. La gente no tenía pan y acabó perdiendo el interés por la música.

Transcurrieron los años.

Para vivir, Johannes se vio obligado a impartir clases de violín a jóvenes alumnos. Y para darle un sentido a su vida empezó a componer.

Porque lo único que ahora deseaba era dedicarse por entero a su auténtica pasión: componer una ópera.

6

Pero Johannes Karelsky no pudo elegir la vida que quería. La guerra decidió por él los primeros días de la primavera de 1796.

Acababa de cumplir treinta y un años.

En Montmartre, en la buhardilla donde vivía por aquel entonces, recibió su hoja de destino una mañana de marzo. Caía una nieve tardía y silenciosa sobre la plaza. El tiempo parecía haberse detenido.

El cartero subió las seis plantas de la casa y apareció, sin aliento, ante la puerta del músico. Llamó, como a su pesar. Johannes salió a abrirle y comprendió, por la mirada del hombre, que traía malas noticias.

—Creo que Francia le espera —dijo el funcionario de correos.

Le alargó la carta con mano indecisa. Johannes le sostuvo la mirada, cogió el pliego y le quitó el sello. Al leerlo, palideció; luego alzó los ojos y dijo:

—Tiene usted razón. Me necesita. Pero ¿qué puedo ofrecerle, salvo mi vida?

El cartero esbozó una sonrisa de conmiseración, en la que Johannes percibió piedad. De inmediato le invadió una incomprensible sensación de malestar.

En el café adonde bajó a los pocos instantes, se reunió con otros reclutas, algunos ya impacientes por seguir a aquel joven general de veintiocho años a quien Barras había designado para dirigir la campaña de Italia. Se tomaron todos una absenta, luego otra y otra, sin despegar la vista de los pechos de la dueña, que los miraba por fin como a hombres.

—¡Por Bonaparte!

—¡Por Bonaparte!

—¡Por el ejército de Italia!

Johannes no brindó. Se limitó a beber, se despidió de todo el mundo y subió a su casa.

En su habitación, se quedó contemplando largo rato los objetos que había heredado de su madre, intentó evocar sus recuerdos, y, lleno de tristeza, se tumbó en la cama, donde, extenuado por el alcohol y las emociones, se durmió.

Cuando se despertó, era ya muy entrada la tarde. Desde la ventana, vio descender la noche sobre París e iluminarse poco a poco la ciudad. Todo estaba tranquilo.

Entonces sacó el violín de estuche, untó el arco con colofonia y comenzó a tocar. La música, hechizante, le recordó los esplendores pasados.

Sabía que su vida había acabado. Que la guerra no le permitiría llevar a cabo sus anhelos. Nunca compondría su ópera.

Tenía treinta y un años, sueños y proyectos. La guerra acababa de elegir por él.

7

En Niza, donde Bonaparte concentraba a su ejército, Karelsky se despidió de la música, de la gloria, del éxito. Durante aquellos turbulentos tiempos, su arte le había mantenido al margen de la guerra. Ahora ya no podía sortearla.

Aquella guerra iba a ser una larga marcha hasta Viena. Por el momento había que rodear los Alpes.

El ejército se puso en movimiento la mañana del 2 de abril de 1796. Comenzaba la campaña de Italia.

Italia no podía ser un azar.

En ese país había nacido la ópera. Aquel suave y melodioso idioma era el que mejor expresaba la belleza del canto. Johannes pensaba en ello con una mezcla de alegría y tristeza.

—¡Cuán afortunados los que pueden vivir en semejante lugar!

Pero él no iba a Italia para vivir allí, sino para morir. Una música muy distinta le esperaba allá. Una marcha militar compuesta de metralla, sangre y muerte.

8

¿De modo que aquello era la guerra? ¿Aquella incesante carnicería, aquellos heridos y aquellos muertos a su alrededor, aquel sabor a lodo y a sangre en la boca? ¿Aquellos soldados andrajosos, hediondos y sucios, sin pan, sin alma? ¿Aquel ensordecedor estrépito que le rompía los tímpanos hasta hacerle gritar de dolor?

¿Qué había sido de la música que meciera antaño la vida a los sones de su violín? ¿De modo que aquella boca devoradora jamás saciada era la guerra?

Para él la guerra sólo duró catorce días. El 16 de abril, unas horas después de iniciarse la batalla de Montenotte, Johannes cayó gravísimamente herido. Mientras avanzaba en primera línea a la carga, un húsar austríaco le traspasó el costado derecho con la hoja de su sable. El asaltante, alcanzado por una bala perdida, soltó el arma, que quedó hundida en el cuerpo de Johannes, y, aferrándose al francés, clavó su mirada agonizante en los ojos del hombre a quien acababa de ensartar, exhaló un estertor inhumano y, lentamente, se deslizó hasta el suelo. También Johannes se desplomó; había perdido el conocimiento.

Al poco, finalizó la batalla y el estrépito de las armas dio paso al silencio.

Había anochecido cuando Johannes volvió en sí. La bruma bañaba el campo de batalla, dejando a ratos que la luna perfilase inquietantes sombras a su alrededor. Johannes quería levantarse, pero un dolor atroz le desgarraba la ingle. El sable seguía allí, atravesándole de parte a parte; el pomo del sable emergía de su vientre como una cruz colocada apresuradamente sobre un cadáver.

Cada movimiento, cada oscilación de su cuerpo, hundían un poco más el sable en la herida. El frío glacial había formado un coágulo de sangre, impidiendo la hemorragia. Bastaba un movimiento un poco brusco para que se abriera la herida hasta dejar su cuerpo exangüe.

Johannes sabía que había llegado su hora. Era menester resignarse. Contempló por última vez aquel escenario atroz en el que los muertos danzaban a su alrededor. El austríaco seguía allí, la mano desesperadamente abierta sobre un arma que ya no sostenía, un rictus en el rostro que parecía mofarse de la muerte. A su derecha, sobre una piedra, yacía un jinete destripado, su caballo muerto tumbado sobre un costado a pocos pasos de él, los ollares aún húmedos tras la enloquecida carrera. A escasa distancia, colgaba de una rama un soldado de infantería al que un cañonazo había partido en dos. Era un paisaje de cenizas, humo, carros despanzurrados, armas abandonadas, cuerpos despedazados.

A lo lejos, los camilleros buscaban heridos para evacuarlos. Pero con frecuencia los hombres que yacían en el suelo no se despertaban.

Johannes vio pasar a los camilleros a pocos pasos de él. Intentó llamarlos, pero no brotó sonido alguno de su boca. Tenía la garganta tan seca que su lengua le pareció una piedra áspera, empapada en sangre.

Luego se alejaron los camilleros y de nuevo reinó el silencio.

Johannes contempló por última vez la luna, vio brillar el pomo del sable sobre su vientre y cerró los ojos.

De pronto oyó un chasquido en el aire, como una tela azotada por el viento. ¿Sería la brisa alzando la túnica del granadero que yacía a su lado? ¿Sería ya el hálito de la muerte?

Abrió los ojos.

Lo miraba una mujer. Era una amazona envuelta en una larga capa negra. De pie, inmóvil, sostenía la brida de una yegua negra. Johannes advirtió que la desconocida le examinaba con insistencia. Sus ojos brillaban en la oscuridad como dos llamas doradas.

¿Cómo había llegado hasta él tan silenciosamente? ¿Era aquel leve chasquido el que había delatado su presencia y la volvía real? Johannes comprendió que algo extraño emanaba de aquella mujer.

La amazona no se movía. Parecía contemplar al hombre agonizante.

A Johannes le recorrió un escalofrío, pero comprendió que era demasiado tarde para sentir miedo.

La desconocida amarró a un árbol su montura, cogió una cantimplora, se acercó al herido y le alzó la cabeza para darle de beber.

Acto seguido, en medio de aquel paisaje apocalíptico y en aquellos momentos de angustia y agonía, la mujer comenzó a cantar. Y era tan puro su canto, tan hechizante, que Johannes olvidó sus heridas. Cantó durante largo rato, tal vez durante toda la noche, sólo para él.

Cuando al final enmudeció, se inclinó para besarle. En el momento en que se tocaron sus labios, Johannes regresó al país de los sueños.

9

Cuando Johannes despertó, el médico jefe del Estado Mayor le vendaba las llagas, arrojándole al rostro una vaharada de ajo y de tabaco frío.

El médico conversaba con un oficial cuyo rostro iluminaba una lámpara de petróleo.

—Dígame, doctor, ¿se salvará este hombre?

—Para él ha terminado la guerra, mi general. Será un héroe… porque antes de mañana habrá muerto.

Johannes asió al médico del brazo y, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, musitó estas palabras:

—¡Quiero morir enseguida! ¡Es un dolor insoportable! ¡No me deje usted así!

El médico le tomó la mano e intentó calmarle:

—No malgaste fuerzas. Es inútil. De todas formas, tardará poco en morir, se lo aseguro.

—No quiero volver a despertarme. Escúcheme, dígale al general que no quiero pelear más. ¡Dígale a Bonaparte que estoy muerto!

El cirujano le enjugó la frente; luego alzó la cabeza y miró al oficial que estaba a su lado. Parecía implorarle con la mirada.

—Mi general, se lo ruego, dígale usted algo.

El oficial, la mirada fría, espetó al herido:

—¡Valor! ¡Tenga valor! ¡Lo mismo frente al enemigo que frente a la muerte!

Pero Johannes había perdido el conocimiento. No oyó lo que le decía Bonaparte.

10

Johannes Karelsky no se convirtió en un héroe. No murió.

Al día siguiente volvió en sí y, dos días después, se hallaba fuera de peligro.

Abandonó el frente y se incorporó a los heridos de la retaguardia. Durante varios meses, estuvo convaleciente y recobró fuerzas poco a poco. Varios meses sin otra cosa que hacer que aguardar la curación de una herida que, en el fondo de su corazón, nunca acabaría de cicatrizar.

La campaña de Italia marchaba bien. Se sucedían las batallas y el enemigo sufría fuertes pérdidas. Habían de avanzar sin cesar tierra adentro. Cada día la enfermería se llenaba de heridos. A lo lejos se oía el clamor de los granaderos.

A veces, por las noches, Johannes cogía el violín y tocaba para sus compañeros. Sobre todo para los heridos y los moribundos. En otras ocasiones el sacerdote le pedía ayuda para aliviar a un agonizante. Eran aquéllos momentos de profunda tristeza que la música apenas alcanzaba a mitigar.

Muy pronto decidió acompañar a los camilleros al campo de batalla. En la cima de una colina, tocaba el violín para los heridos, a la luz de la luna, acariciando la idea de que podían oírle incluso los propios muertos.

Cuando se repuso de la herida, se reincorporó a su unidad. Regresó al mundo de los vivos, el de los hombres robustos y sanos, con frecuencia templados como el acero. Hombres que se habían vuelto insensibles a los horrores de la guerra.

La primera noche, bajo la tienda de campaña, cogió su violín y

tocó. Sus compañeros lo fulminaron con la mirada. Para ellos la guerra tenía sones muy distintos y, en sus corazones, habituados al ruido de la metralla y al furor de los combates, no cabía la dulzura.

—¡Deja ya de tocar! —le espetó uno de ellos—. Nos harás llorar con tu música. ¡Si quieres tocar algo, toca la corneta!

El arco quedó inmóvil en el aire y cayó sobre las cuerdas, ahogando su resonancia. Karelsky, sin decir palabra, se tumbó en su catre.

Al día siguiente, Johannes se encontró su violín aplastado al pie de la cama. Nunca supo quién lo había hecho.

Nunca lo comentó con nadie, ni tampoco intentó encontrar al culpable de aquel crimen.

Sabía que la guerra acabaría destrozándolo también a él, como lo había hecho con su violín.

11

Cuando el ejército francés penetró en Venecia, el 16 de mayo de 1797, fue como si el silencio la hubiera fulminado. El pillaje, el ruido y la furia de los hombres se esfumaron ante la belleza y la inmovilidad de la ciudad. Lo que sorprendió desde un principio a Johannes fue aquella quietud que emanaba de cada una de las callejas, aquella paz de la que no disfrutaba desde hacía largos meses.

La República serenísima había resistido durante once siglos a las invasiones bárbaras, y, valiéndose de su poderío marítimo, había extendido su dominio hasta Oriente. De pronto la habían borrado del mapa de Europa. Y ahora unos extranjeros pretendían apoderarse de ella.

—Venecia —dijo Karelsky al médico jefe— no es una ciudad, es un sueño erigido a orillas del mar.

Desde que cayera herido, era la primera vez que la guerra le deparaba un atisbo de felicidad. La felicidad de entrar como vencedor en la ciudad de sus sueños.

Tantas maravillas procedentes de la noche de los tiempos, tanto oro, tantas obras maestras ofrecidas a las miradas de aquellos hombres sucios, pestilentes, extenuados, no podían ser sino producto de un sueño.

Tras escuchar el silencio de la ciudad, Johannes exclamó:

—¡Ésta es la Venecia que esperaba yo!

En realidad, se equivocaba. Pero no lo advirtió. Venecia era un soberbio navío. Pero ese navío hacía aguas por todas partes.

Venecia es hermosa. Rebosa oro, joyas y cuadros, palacios, silencio y agua. En pocos días, el ejército de Bonaparte se apoderó

del oro, de las joyas y de los cuadros. Ocupó los palacios, quebró el silencio. Luego reanudó su marcha sobre Europa. Bonaparte, ya camino de Viena, no quería que su ejército se demorase en Venecia. Sabía el precio que le había costado a Aníbal la estancia de sus soldados en Capua.

El ejército levantó el campo y abandonó las inmediaciones de la ciudad. Dejaron algunas tropas de ocupación. Dado que era un herido de guerra, Johannes Karelsky formó parte de éstas.

Permanecería seis meses en la ciudad más silenciosa del mundo. Lugar ideal para reencontrarse con la música. Lugar mágico para escribir su ópera.

12

Lo alojaron en casa de un anciano que poseía una amplia mansión en la calle Moisés, a unos pasos de la plaza de San Marcos.

Cuando Johannes se presentó con su boleta de alojamiento, comprendió que la guerra no era la misma para todos.

—Johannes Karelsky. Encantado de conocerle.

—Erasmus. ¿Qué deseaba?

—Soy francés. Tengo que alojarme aquí mientras permanezca en Venecia.

El anciano no contestó. Se quedó petrificado.

—No quiero que mi intrusión le suponga trastorno alguno —dijo Johannes—. Me moveré con la mayor discreción, y procuraré no molestarle.

Erasmus sonrió tímidamente al oírle, lo suficiente como para reconfortar a Johannes.

—Le agradezco su deferencia, señor, pero soy demasiado viejo para interesarme por esta guerra. Desde luego, he oído hablar de Bonaparte y, si Venecia ha de ser a partir de ahora francesa, no puedo sino someterme.

El anciano se expresaba muy bien en francés. Se hizo a un lado e invitó a entrar a Karelsky. Johannes le dio las gracias con un gesto y sonrió a su vez.

—¿Dónde ha aprendido usted a hablar nuestra lengua, señor?

—En París. Hace mucho tiempo.

—¿Qué hacía usted en París, si no peco de indiscreto?

—Allí ejercí mi oficio. Soy *luthier*, hago violines.

Johannes miró a Erasmus como si lo viera por primera vez.

—¿*Luthier*, dice usted?

—Sí. ¿Qué tiene de extraño?

—Nada. Creo que los dioses no son ajenos a nuestro encuentro.

13

En esa balsa de silencio que es Venecia, y que cada día se hunde un poco más en el mar, podían contarse muchas almas que habían nacido para la música.

La primera era la de Johannes Karelsky.

La segunda la de Erasmus.

La tercera era el alma de la guerra.

Pero de aquella música los dos hombres nunca hablaron.

Cada mañana, Johannes abandonaba la casa del *luthier* y acudía a su guarnición casi a su pesar. Allí se aburría soberanamente. Por lo general, no hacía nada. A veces le pedían que llenara formularios, cosa que le aburría todavía más.

El 4 de junio, día de Pentecostés, se celebró una suntuosa fiesta en la plaza de San Marcos, donde se mezclaron oficiales italianos y Franceses. Los estandartes de Venecia fueron reemplazados por las llamas tricolores de la República Francesa. Al final de la ceremonia, quemaron el Libro de Oro y las enseñas del poder ducal.

En la Fenice se estrenó una magnífica ópera. Fue todo un despliegue de lujo y magnificencia. El teatro estaba engalanado con profusión de sedas, brocados y encajes. Bajo la férula de su nuevo amo, Venecia quería ser feliz.

Johannes asistió a aquellas festividades por obligación. La guerra, con sus horrores y sus excesos, había acabado hastiándole. Al salir del cuartel, se negaba a emborracharse con sus compañeros y se dirigía con premura a casa de Erasmus.

—¿De modo que a usted le da lo mismo ser austríaco, francés o italiano? —preguntó Johannes al *luthier* la primera noche.

Inclinado sobre su mesa de trabajo, el *luthier* pulimentaba con

infinita aplicación una tabla armónica.

—Mi auténtica patria es la música. Lo demás me importa poco. Pero usted, que es un soldado, seguramente eso no lo entenderá.

—No lo crea. Sólo soy soldado por una adversidad del destino. En realidad, soy músico.

Erasmus alzó sorprendido los ojos hacia Johannes.

—¿Qué instrumento toca usted?

Se hizo un largo silencio durante el cual se miraron el uno al otro. El *luthier* siguió puliendo la pieza de madera que sostenía entre las manos, y Johannes contestó:

—El violín.

Erasmus interrumpió de nuevo su trabajo. La voz de Johannes había temblado al pronunciar estas palabras. El anciano clavó sus ojos negros en los del francés y vio que decía la verdad. Cogió entonces un instrumento colgado encima de su mesa de trabajo y se lo alargó a Johannes diciendo:

—Veámoslo.

Karelsky, que llevaba meses sin tocar un violín, aspiró lentamente el olor de la madera, acarició largo rato el instrumento como si se tratara de una mujer. Luego, con delicadeza y precisión, se encajó el violín entre el hombro y la barbilla, cogió el arco y comenzó a tocar. Lentamente. Luego cada vez más deprisa. Hasta el vértigo. Fue una demostración breve y magnífica y, cuando se detuvo, tras una serie de *pizzicati* ejecutados a velocidad prodigiosa, permaneció largos segundos sin moverse, los ojos cerrados, temblando de felicidad, como aturdido por la música.

Abrió los ojos y sorprendió al anciano mirándolo con intensidad. Erasmus, impasible, parecía no saber qué decir. No se movía del sillón. Luego empezó a sonreír y, al cabo de un instante, exclamó:

—¡Bienvenido al país de la música! ¡Bienvenido a la morada de Erasmus!

14

La casa del *luthier* Erasmus era sin duda la más vetusta y la menos confortable de todas las de Venecia, pero era la que poseía el alma más auténtica. Situada en una calleja a un nivel inferior del de la laguna, sería sin duda la primera en desaparecer el día en que Venecia fuera devorada por las aguas.

Erasmus se contentaba con poco para vivir. Casi hubiera podido decirse que se alimentaba de música. No tardó en no poder prescindir de Johannes.

Erasmus se preciaba de poseer tres cosas excepcionales: un violín negro, de sonido extraño, un tablero de ajedrez al que calificaba de mágico y un singular aguardiente. Contaba además el anciano con tres excepcionales dotes: era sin discusión el mejor *luthier* de Venecia, no perdía nunca al ajedrez y era el que destilaba el más singular aguardiente de Italia. A tal efecto, había instalado un alambique en una antesala de su taller. Por las mañanas, restauraba o construía violines, por las tardes destilaba, y por las noches jugaba al ajedrez, entregado a la embriaguez que le producían sus tres pasiones.

Nunca se le había sorprendido en estado de sobriedad. Erasmus estaba siempre embriagado, ya fuese de música, de bebida o de juego.

Cuando estaba borracho, hablaba y hablaba sin cesar. Cuando no hablaba de violines, hablaba de aguardiente. Cuando no hablaba de aguardiente, hablaba de ajedrez. Cuando no hablaba de ajedrez, hablaba de música. Y cuando no hablaba de música, no decía nada.

Allí, en el taller del anciano que se había convertido en su amigo, a lo largo de una interminable partida de ajedrez, Karelsky

extrajo, noche tras noche, la inspiración necesaria para componer su obra.

15

—¿Y es interesante la destilación del aguardiente? —preguntó una noche Karelsky a su amigo.

—¡Embriagadora! —contestó Erasmus.

En el tablero de ajedrez, el alfil protegía a la reina.

—Para obtener aguardiente, se requiere amor y tiempo.

Johannes alzó la cabeza un instante y repitió lentamente mirando a Erasmus a los ojos:

—Amor y tiempo…

Luego movió el caballo y dejó tan desamparado a su rey que Erasmus le dio de inmediato jaque. Tres jugadas después le había dado mate.

—¿Y se requiere mucho amor y tiempo?

—Ni mucho, ni poco. Depende de los años. ¡Mate!

Se levantó, cogió dos copas, las llenó de un licor color miel y le ofreció una al violinista.

—¡Pruebe usted esto, Johannes! ¡El primer sorbo es fuego! ¡El segundo terciopelo! ¡El tercero hace soñar!

Karelsky bebió exactamente tres sorbos, con lentitud calculada, mientras el *luthier* lo contemplaba con mirada paternal.

—Tiempo —dijo Erasmus como con pesar—, ya no me queda mucho… En cuanto al amor…

Apretó los labios, hizo una mueca y exhaló un largo suspiro.

16

—¿Y es interesante el ajedrez? —preguntó Johannes al día siguiente.

—¡Fascinante! Para llegar a ser un buen jugador de ajedrez, se requiere estar un poco loco. Es preciso representarse mentalmente el tablero con sus sesenta y cuatro casillas negras y blancas, hasta perder la razón. Es el único juego que apela a la locura. Por eso juego al ajedrez.

—No sé si estoy bastante loco para este juego.

—Si juega usted cada noche contra un enemigo imaginario, como hago yo desde hace cincuenta y cuatro años, acabará estándolo, se lo aseguro.

En realidad, tanto el alcohol como el ajedrez le eran a Johannes indiferentes. Hablaba de ello por complacer a Erasmus. Lo que sí le apasionaba era la música. Y lo que le intrigaba por encima de todo era el violín negro, colgado de la pared encima de la mesa de trabajo del maestro. Un violín tan hermoso, tan inquietante, tan humano que parecía casi vivo.

17

—¿Y es interesante tocar ese violín negro? —preguntó Johannes el tercer día.

Erasmus alzó los ojos y palideció ligeramente.

—De ése le aconsejo que no roce ni una cuerda.

—¿Por qué? ¿Tan mediocre es que no merece que se le toque?

—¡Todo lo contrario! Es el instrumento más maravilloso que conozco. El menor soplo hace que vibre. Pero la música que brota de él es tan extraña que puede cambiar la vida del que lo toca. Es como la felicidad. Una vez la hemos experimentado, nos marca como con un hierro al rojo vivo. Tocar el violín negro viene a ser lo mismo.

—¿Lo ha tocado usted alguna vez?

—Una sola vez. Hace mucho tiempo. Desde entonces no he vuelto a tocarlo. Es como el amor. Cuando se vive una vez…, me refiero al auténtico amor, al gran amor…, hay que hacer lo posible por olvidarlo. No existe nada peor que haber sido dichoso una vez en la vida. Después, todo lo demás, aun la cosa más insignificante, se convierte en una gran desdicha.

18

Aquella noche, al regresar a su habitación, Johannes escribió unas notas en la partitura de su ópera. Luego se acostó y soñó con el violín negro.

Al día siguiente, cuando se levantó, echó una mirada distraída a su trabajo y observó una cosa extraña: su cuaderno estaba tan virgen como el día en que lo compró. Todo su trabajo había desaparecido durante la noche.

Johannes, estupefacto, permaneció largo rato incapaz de pensar. Recordó la conversación de la víspera y el sueño que había tenido durante la noche. Todo aquello resultaba inquietante. Tal vez había soñado más tiempo de lo que había creído. Tal vez nunca había escrito nada en aquel cuaderno.

Durante el día, se dedicó a sus tareas y no pensó más en ello. Pero por la noche, cuando regresó a casa de Erasmus, lo primero que vio al penetrar en el taller fue el violín negro colgado de la pared.

Y Johannes comprendió que aquel violín era la causa de todo. Lo aceptara o no lo aceptara su razón.

19

Unos días más tarde, mientras le hablaba de su inspiración, de aquella música interior que sentía crecer en él pero que, por una misteriosa razón, no lograba trasladar al papel, Johannes oyó sorprendido que Erasmus le preguntaba:

—Pero ¿podremos oír pronto esa ópera de la que tanto habla usted?

Johannes se quedó tan desconcertado que fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Era la primera vez que Erasmus le hablaba de su música. Habitualmente, se limitaba a asentir con un movimiento de cabeza, por lo que Johannes pensó durante mucho tiempo que el anciano le escuchaba sin tratar realmente de entender lo que él decía.

Erasmus repitió su pregunta:

—Bueno, ¿cuándo acabará usted esa ópera?

—Aún es pronto para decirlo. Dentro de uno o dos meses, si todo va bien.

Dos meses más tarde, el anciano volvió al ataque.

—¿Cuántas hojas tendrá la partitura?

Johannes se oyó contestar a sí mismo con toda la seriedad del mundo:

—Ciento sesenta y siete.

—¿Cuántas notas?

—Diecisiete mil seiscientas veintitrés, sin contar los silencios.

—¿Y cuántas ha compuesto ya?

Johannes no contestó.

En realidad, cuanto más avanzaba en la composición de su ópera, más imaginaria se tornaba ésta.

20

Durante mucho tiempo, Johannes dudó en sincerarse con el anciano.

Una noche, sin embargo, no aguantó más. Siete veces había intentado llenar el cuaderno. Siete veces se había borrado la ópera.

Los dos hombres estaban sentados a la mesa, partiéndose una faisana regada con un *valpolicella*. Corrían los primeros días de octubre. El sol se ponía cada tarde un poco antes en la laguna. No celebraban nada especial, como no fuera el final del buen tiempo y la llegada de las primeras escarchas. El vino, quintaesencia de la tierra de Italia, prolongaba dulcemente un calor y un bienestar que no tardarían en desaparecer.

Era el momento adecuado para que Johannes aliviara su corazón.

Pero se le adelantó Erasmus:

—Siento que tiene usted algo que decirme.

El joven permaneció largos segundos con la mirada perdida en el plato antes de poder alzar los ojos y contestar:

—¿Cómo lo has adivinado?

Era la primera vez que tuteaba al *luthier*. Erasmus no se ofendió. En aquel momento, los dos hombres se sentían tan próximos el uno al otro que habría bastado el silencio para explicar todo el resto.

—No es difícil. Desde hace algún tiempo, pareces tan preocupado… Cuéntame lo que te pasa.

Johannes se bebió un vaso de vino y, en pocas palabras, contó la historia del cuaderno.

—Habrás soñado, Johannes. Historias como ésas sólo existen en sueños.

—No, puedo jurártelo. Tiene que haber algo que me impide escribir.

—¿Un sortilegio?

Johannes iba a hablarle a Erasmus del violín negro, pero en el último momento se echó atrás.

—Tal vez…

Sentía tras él la presencia del violín negro, y aquello le causaba una extraña desazón.

—Pues habrá que esperar —dijo Erasmus, levantándose de la mesa y yendo a sentarse a su sillón.

Delante de él, en el tablero, el caballo negro defendía a la reina. Johannes se sentó frente al *luthier*. Éste sacó la botella de aguardiente y los dos hombres prosiguieron la partida interrumpida la víspera.

—¿Esperar qué?

—Que suceda algo.

—No te entiendo.

—A eso se le llama esperanza. Un día escribirás tu ópera. Y la representarás. Tal vez una sola vez, sólo para ti, pero la representarás. Sin esperanza, no existe felicidad posible en la tierra.

Johannes repitió lentamente las palabras de Erasmus.

—… no existe felicidad en la tierra… ¡Pero la felicidad existe en los sueños! Verás, no te lo he contado nunca, pero una noche, la famosa noche en que caí herido en el campo de batalla, vino a verme una mujer…, en sueños, supongo, y desde entonces se me aparece por las noches.

—Espera a que se realice el sueño y quedarás liberado. Siempre acaba sucediendo. Basta esperar.

—¿Mucho tiempo?

—Nada tiene que ver con eso el tiempo. Unos segundos o unos siglos, ¿qué más da? La espera siempre termina.

—¿Siempre? —preguntó Johannes.

—¡Siempre! —contestó Erasmus.

Johannes suspiró y movió pieza. La reina negra.

—No sé si tendré paciencia —dijo.

Y decidió esperar.

21

Al día siguiente, cuando se sentaron para proseguir la partida que interrumpían cada noche, Erasmus dijo a Johannes:

—Antes de escribir tu ópera, tienes que vivirla.

—Es verdad —dijo Johannes—. Nunca lo había pensado. Ni siquiera se me había ocurrido que vivir pudiera ser útil.

—Pues yo sé cómo hacer que tu vida sea interesante.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué manera?

—Yendo a buscar a algún lugar el sueño que te corresponde por derecho.

—¿Y dónde está ese lugar?

—En casi todas partes. ¡Pero sobre todo dentro de ti!

Johannes, sorprendido, alzó los ojos hacia el *luthier*. Luego, sin meditarlo mucho, movió el alfil y lo hizo retroceder siete casillas.

—Cada alma posee su parte de sueño. Soñando cada noche con esa extraña y hermosa mujer, participas de ese principio.

—Lo hermoso de los sueños es que no tienen límites, que proporcionan todo tipo de poderes.

—Por supuesto. En sueños, todo es posible.

—¿Y qué podría hacer para que eso me sucediera también en la vida real?

Erasmus tardó en contestar. Se quedó mirando el tablero durante largo rato. Movió la reina y le comió el alfil a Johannes. Luego, tras beber un largo sorbo de aguardiente, se quedó mirando el violín negro colgado de la pared. Por fin, volviéndose hacia Johannes, dijo:

—Mira, los sueños hay que acabar rompiéndolos.

22

Un domingo del mes de noviembre de 1797, mientras caía la nieve sobre Venecia, Johannes acudió a San Zaccaría, donde asistió a las vísperas. Luego, al quedarse solo en la casa de Dios, se arrodilló y se abismó en su oración.

En ese mismo instante oyó cómo se elevaba lentamente una voz de mujer: un canto delicado y hermoso. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Era una voz etérea. Escuchándola, no se podía dejar de pensar en Dios.

Johannes no sabía de dónde salía la voz, ni a quién se dirigía. No, eso lo ignoraba. Pero lo que sí sabía a ciencia cierta era que aquella voz era de todo punto similar a la de la desconocida que, la noche de la batalla de Montenotte, ofreciéndole agua para el cuerpo y un canto para el alma, le había salvado de una muerte segura.

Esa música y ese timbre sólo podían pertenecer a aquella voz sublime. Era ella.

Johannes recobró el aliento mientras la música llenaba la iglesia, llenaba su alma, traspasaba su cuerpo y su mente. ¡Llevaba tanto tiempo esperando esa escena, ese instante que, segundos antes, se le antojaba todavía imposible!

Aquella voz no cantaba sólo para Dios. Johannes sabía que cantaba también para él. Tenía el más profundo convencimiento de ello. Esa voz era la de su ópera, al igual que su ópera estaba destinada a esa voz. Aquella mujer, aquella desconocida, poseía una parte del sueño que anidaba en él. Y él mismo poseía un poco del alma de ella. Era así.

Johannes permaneció arrodillado, transido de emoción, temblando de placer y de felicidad. No se atrevía a abrir los ojos por miedo a que se deshiciera el hechizo, a que la voz enmudeciera. No quería que el canto se interrumpiese. Era menester seguir

esperando, esperar a que sucediera algo, a que algo se formara, viviese y creciese en su interior. Como un nacimiento. Como un parto. Como un desgarramiento. Un alumbramiento de una parte de su alma con una mezcla de dolor y placer.

Cuando concluyó el canto, abrió los ojos. Se levantó lentamente, dudando, y buscó con los ojos a la desconocida. Pero no vio a nadie. Ni siquiera una sombra. Simplemente la ausencia de la música y la privación de aquella voz.

Estaba solo. Solo con aquella voz, que seguía dentro de él y a su alrededor.

Una vez más, le había abandonado.

Presa de vértigo, corrió a casa de Erasmus.

23

Cuando le habló de aquella voz al anciano, Johannes vio brillar un fulgor en su mirada.

—¿De modo que también tú la has encontrado? ¿También tú has acabado rompiendo el sueño?

Se hizo un silencio. Johannes no sabía qué contestar.

—¿Sabes quién es? —inquirió Erasmus—. ¿Sabes qué voz es ésa?

Se hizo otro silencio.

—Me temo que sí…

Ambos hombres fijaron la mirada en un punto concreto de la pared.

—Siéntate, Johannes. Te contaré algo.

El joven obedeció y, mientras Erasmus le servía una copa de aguardiente, comprendió que había llegado el momento de que el anciano maestro le revelara el secreto del violín negro.

II

24

Por una curiosa inclinación que rayaba a veces en la locura, nunca tuve otra meta en la existencia que transformar la música en vida. Quería que la gente dijese de mí: Erasmus, el más grande *luthier* de todos los tiempos. Me sabía poseedor de una inspiración genial.

En la época en que arranca esta historia, yo era un joven. Vivía lejos de Venecia, en una ciudad que llaman Cremona y que es ni más ni menos que la cuna de los *luthiers*. En esa región, donde nació el violín a comienzos del siglo XVI, aprendí el arte del oficio de *luthier*.

El destino quiso que fuera *luthier* pero, en realidad, yo aspiraba a otra cosa. A algo más grande, más desmesurado. Quería hacer el mejor violín del mundo: un violín perfecto, de sonoridad tan sublime que quienquiera lo que tocara se dirigiría al cielo y hablaría con Dios.

25

Desde mi infancia, he amado y servido a la música. Y, sirviendo a la música, quería servir a Dios. No por vanidad, sino porque estaba convencido de que poseía un don extraordinario, una voluntad fuera de lo común, y ese hálito que convierte a algunos hombres en genios o en locos, lo cual, como es sabido, es a todas luces lo mismo.

Toda la vida me he dedicado exclusivamente a perfeccionar mi arte. Me levantaba, comía, caminaba, vivía para la música. Una música extraña, que quería aprisionar en mis violines.

En realidad, esa música perfecta era una voz humana. La voz de una mujer. Una mujer a la que conocía mejor que a mí mismo. Una voz que conocía mejor que mi propia voz. Sin embargo, para mi desdicha, esa voz sólo la había oído en sueños.

26

Únicamente conocía un instrumento que guardara parentesco con la voz humana: el violín. Desde el instante en que sentí la vibración que produce el encuentro de un arco con las cuatro cuerdas del violín, nunca ha decaído mi pasión por ese instrumento. El violín es una voz.

Un día, mi padre ejecutó ante mí una partita que me emocionó en lo más hondo.

—Eso es exactamente lo que me gustaría hacer —le dije apenas dejó el arco.

—¿Quieres ser violinista?

—No sólo eso. Me gustaría hacer violines que hablen al corazón de los hombres. ¡E incluso el más hermoso violín del mundo!

Mi padre se me quedó mirando con cierta dureza, mitigada por el interés que le producía mi petición.

—¿De veras es ése el oficio al que deseas dedicarte?

—Sí —contesté con tono firme.

—Muy bien. Veremos si eres capaz de ello.

Al día siguiente me condujo al taller de Francesco Stradivari, cuyo padre, Antonio, conocido como Stradivarius, acababa de morir.

27

Francesco Stradivari era un hombre de otro tiempo. Pese a sus vastos conocimientos, no alcanzaba ni mucho menos la talla de su ilustre progenitor. Cuando me contrató de aprendiz, la empresa familiar se hallaba ya en declive. Por lo que respecta a Francesco, apenas le quedaba un año de vida. El siglo de oro de la fabricación de violines en Cremona tocaba a su fin.

Francesco hablaba poco. Sólo podía manifestar sus penas y alegrías mediante la música. Tocaba tan a menudo que delegaba en sus aprendices la tarea de fabricar violines. Así y todo, los firmaba con su nombre, e incluso a veces, cuando el encargo se lo había hecho un alto personaje, con el de su padre.

Los grandes de este mundo anhelaron desde muy pronto poseer un «stradivarius», cualquiera que fuese su precio. Las orquestas de corte que no disponían de instrumentos del maestro se veían con frecuencia menospreciadas, y los grandes solistas, sencillamente, se negaban a tocar con ellas. Así pues, reyes, príncipes y duques, como auténticos mecenas, se mostraban dispuestos a gastar exorbitantes sumas para que su orquesta contara con uno o varios violines firmados por el gran *luthier*.

Un día, el rey de Suecia envió a su maestro de capilla para que adquiriera una viola; la quería para su hijo. El emisario precisó que el rey, por supuesto, deseaba una «stradivarius». Lo malo era que todos los violines del maestro estaban vendidos. Francesco resolvió el problema proponiéndole al emisario, a buen precio, un instrumento que acababa de terminar. La viola portaba una etiqueta que rezaba:

Franciscus Stradivarius Cremonensis
Filius Antonii faciebat anno 1742

Dos meses más tarde, el emisario del rey de Suecia regresó a Italia.

—Su Majestad el rey de Suecia está muy enfadado —dijo—. La viola no es una auténtica «stradivarius». —Sacó una bolsa llena de oro y la arrojó sobre la mesa de trabajo—. Supongo que esto bastará.

Sin pronunciar una palabra, Francesco cogió la viola y contempló su obra con tristeza.

El emisario miraba con cierta inquietud al *luthier*, que parecía ciego de ira.

—¡Un auténtico «stradivarius»! —exclamó con los dientes aún apretados—. ¡Ahora le daré yo un auténtico «stradivarius»!

Corrió al taller y se encerró en él. Se le oía manipular sus instrumentos. Por fin, al cabo de largo rato, salió con un instrumento casi idéntico al primero. Pero en la etiqueta podía leerse:

Antonius Stradivarius Cremonensis
Faciebat anno 1737

Cuentan que el rey de Suecia hizo correr por toda Europa el rumor de que había adquirido a precio de oro el último florón del maestro de Cremona.

Francesco, por supuesto, se había limitado a cambiar las etiquetas del violín, y ese simple gesto centuplicó el valor del instrumento.

Así, gracias al rey de Suecia, Francesco se hizo rico. Pero, al mismo tiempo, se convirtió en un ser amargado.

Todo él traslucía la desilusión y la amargura de quien se sabe portador de un saber incomparable que ve desaparecer día a día. La fama de su padre arrojaba sobre él una sombra que le impedía realizar plenamente y con placer su labor de artista. Muy pronto dejó de lado las herramientas, limitándose a vigilar el trabajo de los aprendices.

Por las mañanas, al despertarse, cogía su violín y ejecutaba en él unos arpegios, desentumeciéndose los dedos con vivacidad. A continuación, pasaba a interpretar piezas más difíciles, y, por las noches, se atrevía por fin con algunas melodías compuestas por él.

Cuando algún alumno suyo se aventuraba a hacerle una

pregunta, cogía el violín y tocaba hasta que sentía nacer una emoción en su oyente. Llegado ese momento, se interrumpía y se limitaba a decir:

—Cuando sea usted capaz de emocionar a una persona hasta arrancarle lágrimas interpretando música con su violín, su voz le parecerá inútil.

En mi opinión, sabía que sólo era el hijo del más grande *luthier* de todos los tiempos, y eso le sumía en una profunda desesperación.

Contrariamente a aquel profesor taciturno, yo era un alumno que se hallaba en continua efervescencia. Mi música interior se manifestaba a través de una charla incesante, de gritos, de ira, de risas, de vibraciones de toda suerte. Así como el alma de Francesco Stradivarius aspiraba al silencio, la mía absorbía los sonidos como una esponja.

Del vacío a la vibración, la música no conocía mejor instrumento que mi pasión por el violín. Una pasión muy parecida a la de aquel Stradivarius a quien yo no había conocido, pero al que yo, lo sabía, conocía mejor que nadie.

28

Pese a la muerte de Antonio Stradivarius, el taller siguió vibrando durante mucho tiempo con excepcional energía.

Esas vibraciones, impalpables para el común de los mortales, pero muy reales para algunas almas sensibles, las percibía yo cada vez que penetraba en el antro del maestro. En aquel montón de herramientas esparcidas, en aquellas tablas armónicas, en aquellas armazones, en aquellas volutas diseminadas por el taller, Francesco no veía sino un batiburrillo de piezas de madera destinadas a crear un objeto productor de un sonido, por singular que fuera éste; pero yo descubrí en todo aquello el milagroso equilibrio que permite crear el sonido que une el mundo humano con el mundo celestial.

29

Y fue un sueño lo que me indujo a fabricar el violín negro.

Yo era un soñador impenitente. Cuando no soñaba despierto en el taller, tenía la noche entera para soñar. Es más: exceptuando mi trabajo como *luthier*, era incluso la única actividad que me procuraba felicidad en este mundo.

Cada noche soñaba lo mismo. Una historia sin fin.

Se me acercaba una mujer. Yo no sabía nada de ella, ignoraba su rostro y su cuerpo. Pero su voz de oro, que regresaba obsesiva por las noches, me traspasaba el corazón cada vez que la oía.

En realidad, estaba enamorado de una mujer que no existía.

Cada noche se repetía el mismo sueño. Y eso duró años. Yo caminaba por una ciudad desconocida en la que, al doblar una esquina, oía el canto de un violín. Me dejaba guiar entonces por aquella voz, caminaba por las calles desiertas, iluminadas por la luna, escenario perfecto de un sueño, y llegaba junto a un puente de piedra que cabalgaba sobre un canal cuyas aguas inmóviles reflejaban un rostro enmascarado. La mujer que tocaba el violín estaba en el puente. Me daba la espalda. Yo me acercaba lentamente a ella y, mientras la música hechizaba mi cuerpo, mi alma, le tocaba el hombro. La joven se volvía, y yo descubría una cosa increíble: ¡no tocaba el violín! ¡En realidad, el violín era ella! De las caderas a la cintura, del vientre al cuello. Su cuerpo, de contornos redondos, tenía la forma de un violín. Y su voz era el sonido del instrumento, una voz tan cristalina que parecía sobrehumana. En sus manos sostenía la partitura de una ópera, y la melodía que cantaba, aquella música maravillosa, brotaba de ella como una música divina. Abría los brazos, ofreciéndose a mí, y, en el momento en que yo iba a estrecharla, mujer, violín, música y sueño desaparecían bajo las llamas. Entonces yo empezaba a gritar, y acababa despertando.

Cada mañana intentaba reproducir en uno de mis violines la singularísima sonoridad de aquella voz, pero nunca lograba alcanzar tal grado de perfección.

Nunca le comenté a nadie aquel extraño sueño. Ni a Francesco Stradivari —con quien sin embargo me unía una tierna y sincera amistad— ni a los compañeros que trabajaban conmigo.

30

Francesco murió en 1743, y con él se extinguió la ilustre estirpe de los Stradivari.

Mis compañeros abandonaron Cremona para instalarse en otras ciudades de Europa.

Me encontré solo en el taller. Los negocios iban de mal en peor.

Un día se presentó el conde Ferenzi, un veneciano que estaba de paso por Cremona. Quería encargarme un violín. Era un hombre un tanto inquietante, más bien altivo, y suntuosamente rico. Viajaba en carroza con dos criados que le acompañaban en sus desplazamientos. Permaneció muy poco tiempo en el taller y me explicó que tenía que salir de inmediato hacia Venecia.

—Deseo que sea usted sumamente diligente, y que me entregue el encargo el primer domingo de octubre.

—Poco tiempo me da usted…

—Su precio será el mío.

Medité unos instantes y decidí que no tenía elección.

Por otra parte, con mi oficio y experiencia, podía realizar solo el imperioso encargo.

—Trabajaré día y noche si es preciso. Yo mismo iré a Venecia a llevarle el violín en el plazo requerido.

El conde me pagó y se despidió.

Me encerré en el taller y me puse de inmediato manos a la obra.

Decidí hacer un violín según un modelo que había diseñado Stradivari. El diseño del maestro respondía a complejas directrices, que estudié detenidamente antes de empezar a trabajar. En unas semanas tuve hecho el cuerpo del violín. Tras comprobar sus cualidades acústicas, que me parecieron excelentes, procedí al barnizado. Por último coloqué las cuerdas. Tenía en las manos mi primer violín. Respirando aliviado, le arranqué unas notas y comprendí que al fin me había convertido en un auténtico *luthier*.

Inclinado día y noche sobre mi mesa de trabajo, había logrado confeccionar, en un tiempo insólitamente breve, una pieza bastante perfecta.

El primer domingo de octubre, partí hacia Venecia.

31

Por entonces tenía veinte años, y descubrí Venecia por primera vez. Me sentía poseedor de dos cosas puras y bellas: un violín y un corazón. Ignoraba que iba a romper uno y otro. Para siempre.

32

Lo que más me sorprendió al entrar en Venecia fue aquella sensación de ligereza que se apoderó de todo mi ser, aquella exaltación de los sentidos, aquella súbita alegría de vivir y de amar. Venecia era el marco perfecto para el amor.

Comenzaba el otoño. Acababa de empezar el carnaval. El pueblo era feliz. Durante seis meses, Venecia iba a convertirse en una fantasía. La gente se arruinaría hasta que llegara la cuaresma, y sólo para regalarse la vista.

Llegué a la ciudad en barco y arribé al embarcadero del palacio Ferenzi. Era una hermosa casa señorial, de dos plantas, cuya entrada principal daba al gran canal. La fachada de color ocre, aunque desconchada en distintos lugares, se reflejaba majestuosa en el agua oscura.

Salté a tierra y llamé a la puerta. Me abrió un criado vestido con librea.

—Mi nombre es Erasmus, y busco al conde Ferenzi. Tengo que entregarle un violín.

—Un momento, por favor. Voy a avisar al señor conde. Tenga la bondad de pasar…

Penetré en un inmenso vestíbulo. El criado me pidió que esperara y se dirigió hacia la escalera. Aproveché su ausencia para satisfacer mi curiosidad e inspeccionar la estancia con detenimiento. El suelo era de hermosa cerámica blanca y negra, dispuesta como un tablero de ajedrez. Las paredes estaban atestadas de cuadros, y casi todos evocaban la laguna a lo largo de las distintas estaciones. En cada rincón se alzaba una estatua que representaba un desnudo femenino. Las ventanas, abiertas al Gran Canal, ofrecían un espectáculo singular pese a la bruma matutina. Al pie de la escalera, divisé una magnífica consola de mármol sobre la que descansaba una tabaquera de plata. El vestíbulo era un mero

anticipo de las maravillas que contenía el palacio.

Sin embargo, no cabía olvidar que, al igual que toda Venecia, el palacio de los Ferenzi reposaba sobre pilares hundidos en el limo, y que ni todo el oro del mundo lo salvaría del naufragio. La ciudad, vetusta, disimulaba sus arrugas con un derroche de lujo, de sedas y colgaduras.

Quería ser hermosa y poderosa, cuando ya sólo le quedaba la fama. Observé que la pared de la escalera se agrietaba en diferentes lugares, y que el barniz de su antigua belleza no lograba ocultar las fisuras del tiempo.

No tardó en aparecer el conde.

Me pareció tan extraño como la primera vez. Al igual que su palacio, quería aparentar, pero se le notaba viejo y cansado.

—¿Qué se le ofrece?

—Me llamo Erasmus. He venido a traerle el violín que me encargó.

—Ah, ya recuerdo. Pero no es para mí, es para mi hija Carla. Quería regalárselo para su cumpleaños, que coincide con el inicio del carnaval. Cada año se me plantea el mismo dilema. ¡Tiene ya tantas cosas! Nunca sé qué regalarle: adornos, joyas, vestidos… Creo que en esta ocasión habré demostrado un poco de originalidad. —A continuación añadió en voz baja, como confidencialmente—: Mi hija no regresa hasta la noche, y me gustaría que se lo entregara usted personalmente. Yo tengo que salir ahora mismo hacia Verona por asuntos de negocios. Desgraciadamente, estaré fuera unos días. ¿Podría pedirle otro favor?

—No faltaba más.

—Muy bien. Vuelva usted al caer la noche. Doy una gran fiesta para inaugurar el carnaval. Disfrácese como se le antoje. Y entréguele a Carla este violín de mi parte. Hágame este favor.

—Estaré aquí esta noche, señor conde.

Me dio las gracias y añadió, como para sí:

—Estos negocios son una lata. Mi hija canta mañana por la noche en la Fenice; me hubiera gustado tanto oírla…

—¿De modo que su hija es cantante?

—No, pero he alquilado el teatro de la Fenice para ella. Tiene un hermoso timbre de soprano. Si puede usted, no deje de ir a

escucharla. ¡Dicen que tiene una voz de oro! Cuando la haya oído, le será imposible olvidarla.

Le prometí seguir su consejo.

—Muy bien, muy bien. Ahora discúlpeme, pero el tiempo apremia. Adiós, señor.

Nos despedimos y yo abandoné el palacio.

33

Deambulé por Venecia hasta la noche. La fiesta se hallaba en sus comienzos. Se respiraba en el aire un perfume de libertad, y, aquí y allá, algunos efluvios frívolos.

Junto al campo de Sant' Angelo, saboreé una sepia en su tinta en la terraza de una *trattoria*.

Por la tarde, erré al albur de las callejas y los puentes, sin rumbo fijo, dispuesto a perderme en la ciudad.

Unas cortesanas ataviadas con largas capas negras, tricornio y una máscara blanca se volvieron a mirarme, riéndose de mi atuendo.

Cansado de aguantar chirigotas, pregunté por la tienda de disfraces más próxima y adquirí uno.

Vestido con mi disfraz, me dirigí hacia el centro, donde la fiesta se hallaba en su apogeo, en medio de las máscaras, los malabaristas, los acróbatas y los músicos.

Acababa de comenzar el carnaval bajo una lluvia de serpentinas y confetis. En los muelles, mostraba sus habilidades un hombre que escupía fuego y al que muy pronto reemplazó una compañía de cómicos.

Me mezclé con la multitud, e incluso llegué a entablar conversación con desconocidos. Tras la máscara, no sabía uno a quién se dirigía. ¿Hablaba con una duquesa, con una lavandera, con un hombre, con una mujer? ¿Quién era yo mismo, bajo aquel disfraz? Oculto tras la máscara, podían tomarme por uno de aquellos dignatarios, por un patriarca, por el propio dux. O incluso por un espía, y ¿por qué no?, también por un bandido de la peor calaña.

Al entrar en aquella ciudad, me había sumergido en la locura del carnaval. Y en lo sucesivo ya nada era imposible.

En la esquina de una calle, unos hombres jugaban a los dados.

Uno de ellos tenía delante un montón de cequíes, mientras que los otros, ceñudos, intentaban probar suerte jugándose por última vez su magra fortuna. Unos enmascarados, recostados en las barandillas de los puentes, provocaban a los transeúntes gritándoles palabrotas. Unos titiriteros, jocundos, intentaron sacarme unas monedas con sus gracias. Un volatinero, embutido en su traje blanco, se deslizaba lentamente por encima del agua. Al doblar una esquina, me atrajo el sonido de una flauta, y una insistente Pulcinella me cogió de la mano para que bailara con ella en un corro. La ciudad era un inmenso teatro en el que competían sueño y locura.

Al poco, se hizo de noche.

Los canales se oscurecieron, sepultando en su negra tinta el reflejo de la luna. Las callejas se vaciaron, y fueron iluminándose, uno tras otro, los palacios.

El frío se hizo más intenso. Había llegado el momento de continuar la fiesta en el interior de los palacios.

Me esperaba un Arlequín ante el palacio de los Ferenzi.

—Las personas con máscara no pueden llevar espada —dijo.

Me miré el costado, sorprendido, y comprendí su error.

—No es una espada —contesté riendo—, ¡es un violín!

Y se lo mostré.

—Llega usted tarde. Ya están aquí los músicos.

No contesté nada. El Arlequín se eclipsó y pude entrar en la casa.

La fiesta se celebraba en los salones. Habían dispuesto las mesas en tres estancias que se comunicaban, al pie de amplias chimeneas de mármol. Al fondo, sobre una tarima, una orquesta tocaba un vals.

Era un inusitado despliegue de lujo. Sobre las mesas, entre los cubiertos de plata dorada, en la vajilla de oro, había una profusión de pastas saladas, canapés, manjares de toda suerte, amén de una asombrosa cantidad de jarras rebosantes de vinos blancos y tintos. Pero lo que me pareció más fabuloso fueron los atuendos de las mujeres. Sus vestidos rivalizaban en colores y originalidad.

Me sentía un poco perdido, pero, de pronto, reconocí al criado al que había visto por la mañana. Me acerqué.

—¿Dónde puedo encontrar a la hija del conde, Carla Ferenzi?

El criado alzó los brazos al cielo.

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¡Todo el mundo va disfrazado!

Y salió escapado hacia las cocinas.

Eché una mirada a mi alrededor. Había más de doscientas personas, todas ellas irreconocibles. ¿Cómo podía encontrar a Carla?

Desanimado, me disponía a marcharme, dejándole el violín a un criado, cuando se me ocurrió una idea. Me pegué el instrumento a la mejilla y empecé a tocar con languidez y tristeza.

De inmediato se formó un corro a mi alrededor. La gente murmuraba. ¿Quién se ocultaba tras aquella máscara?

Cuando dejé de tocar, una mujer, aún encandilada, me preguntó:

—¿Quién es usted? Nunca había oído una música tan hermosa.

—¿No será usted Carla Ferenzi?

La joven se echó a reír.

—Quién sabe —contestó.

Y desapareció en el torbellino de la fiesta.

—¿Busca usted a Carla? —murmuró una criatura, mitad hombre mitad pájaro, que había escuchado nuestra conversación.

—Sí. Tengo que entregarle este violín de parte de su padre.

—La encontrará en su habitación —dijo la máscara señalándome el arranque de la monumental escalera.

—¿No está en la fiesta?

—¿Carla? No. Podría cansársele la voz. Mañana canta en la Fenice.

—¿Quiere usted decir que se queda en su habitación, mientras toda la ciudad se divierte, sólo por preservar su voz?

La máscara, tras su pico de águila, pareció reírse de mi ignorancia.

—¡Se nota que no ha oído usted nunca cantar a la *prima donna*!

34

Abandoné los salones y subí la escalera.

En la primera planta, vi una puerta entreabierta que daba a una habitación tenuemente iluminada. Entré sin hacer ruido.

Carla estaba sentada en un amplio sillón, medio dormida. No tenía nada que ver con las extravagantes máscaras con las que me había cruzado abajo. No dormía del todo y advirtió mi presencia tan pronto entré en la habitación. Apenas alzó los ojos hacia mí, me quedé hechizado por la belleza de éstos. Eran negrísimos, de una profundidad infinita, y sobre todo muy vivos. Su cabello, también negro, contrastaba con su blanca piel. Llevaba un vestido de terciopelo que descendía ondulante hasta el suelo.

Me dirigió una mirada un poco fría, como preguntándome qué hacía allí. Abrí la boca y me oí decir:

—Señorita, le traigo el violín que me encargó su padre para usted. Es su regalo de cumpleaños. Su padre ha querido que se lo entregue personalmente.

La muchacha se tranquilizó de inmediato.

—¿Un violín? ¡Qué idea tan estupenda! Pensaba que mi padre se había olvidado de mi cumpleaños.

En el preciso momento en que oí su voz, comprendí que tenía delante a la mujer que llevaba años apareciéndoseme en sueños, y deseé morir por ella.

Me acerqué a Carla, saqué el violín del estuche y se lo alcancé.

Ella añadió:

—¡Qué amable ha sido usted trayéndomelo!

Se pegó el violín a la mejilla y preguntó:

—¿Puedo probarlo?

—Por favor.

Le alcancé el arco y empezó a tocar. Tocaba de forma muy rudimentaria, pero no carecía de gracia.

—Este instrumento tiene una sonoridad sorprendente —dijo, amortiguando las cuerdas—. Le felicito por su trabajo. Pero le parecerá a usted que toco horriblemente.

Desde luego, era cierto, pero a mis ojos no tenía la menor importancia.

—Este instrumento está hecho para usted. Estoy seguro de que enseguida se acostumbrará a él.

Tocó de nuevo unos instantes. Luego depositó arco e instrumento sobre una mesita baja, junto a un tablero de ajedrez finamente trabajado.

—Un objeto magnífico —observé, contemplando las piezas del juego.

Ella sonrió.

—¿Juega usted al ajedrez? —preguntó.

—Por desgracia, no.

—Si quiere, puedo enseñarle.

—Desde luego. Y yo le enseñaré a tocar el violín.

Carla soltó una risita y volvió la cabeza hacia mí. Sus ojos negros, profundamente inquisidores, se posaron en los míos. Por la puerta entreabierta llegaban los ruidos de la fiesta.

—¿No le impide descansar todo ese barullo?

—No —contestó—. Me gusta esa música, esos cantos, esas risas. Me hacen feliz.

—¿No se aburre usted aquí sola, mientras toda la casa se divierte?

—Qué le vamos a hacer. Esta noche necesito reposo. Además, el carnaval no ha hecho más que empezar. ¡Ya recuperaré el tiempo perdido!

—¿Lo hace para proteger su voz?

—¿Le ha dicho mi padre que yo cantaba?

—Sí. Y sobre todo me ha revelado que tiene usted una voz inolvidable. Una voz de oro.

—¡Exageraciones suyas! En realidad, tengo una buena voz de soprano, y a veces canto para mis amigos, en su casa, o aquí, en el palacio Ferenzi. Pero mañana por la noche, día de mi cumpleaños, cantaré en la Fenice. Mi padre la ha reservado para la ocasión. ¿Aceptaría usted ir a escucharme?

Guardé un largo silencio, por el puro placer de contemplarla.

—Señorita, debo confesar que siento una gran curiosidad e impaciencia por oírla. Puede tener la seguridad de que acudiré a la Fenice.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana.

La saludé, abandoné la habitación sin darle la espalda y bajé la escalera, presa de una profunda turbación.

En los salones, la fiesta se hallaba en su punto álgido. Pero mi corazón estaba lejos de allí.

35

Tanto espacio ocupaba aquella mujer en mi mente que no pegué ojo en toda la noche. Carla era tan real, estaba tan presente en mí, que ni siquiera podía encerrarla en un sueño.

A la mañana siguiente acudí a su casa. Sentado en la góndola, que cabeceaba en el agua, aceché alguna señal de vida en la ventana de la primera planta, cuyas ventanas estaban cerradas.

El Gran Canal, adormecido en el frescor del alba, estaba aureolado por una ligera niebla. Unos gondoleros que transportaban mercancías hacia los mercados pasaron silenciosos junto a mí, deslizándose sobre el agua como sombras inquietantes, para luego desaparecer en el laberinto de la ciudad.

Permanecí largo rato sin despegar los ojos de su ventana. Estaba enamorado como lo está uno a esa edad, sin preocuparse por el tiempo que transcurre.

Nunca he sido tan feliz como lo fui aquella mañana, durante aquella espera secreta, sumergido en ese momento concreto en que sólo cuenta el ser amado. Nunca ha sido tan intensa mi vida como durante aquellos minutos. Había dejado de estar solo.

Cuando Carla abrió por fin los postigos de su habitación, me divisó. Pareció sorprendida de verme delante de su casa.

—¿Qué hace usted ahí? —gritó.

Apurado, me vi obligado a mentir:

—Creo que me olvidé el estuche, anoche.

A los pocos instantes, Carla estaba al pie de la puerta.

—¿Un estuche, dice usted? ¿Qué tipo de estuche?

—El del violín que le traje.

Cuando vi que se disponía a entrar a buscarlo, la retuve por el brazo.

—Déjelo. Le será más útil que a mí. Tengo muchos más en Cremona.

Carla sonrió.

—Ya que es usted tan generoso… Espéreme, que enseguida vuelvo.

Desapareció unos segundos y bajó de la habitación con un tablero de ajedrez.

—Este juego de ajedrez es para usted. Anoche me pareció que le gustaban a usted las piezas, y no es tarde para aprender a jugar. ¡Así que estamos en paz!

Me hubiera gustado decirle mil cosas. Pero sólo acerté a balbucir:

—Carla…, quería decirle… Es usted…

Me puso un dedo en los labios.

—No diga nada, por favor. Coja esto y márchese. Nos veremos esta noche en el teatro.

Acto seguido, desapareció entre risas. Y volvió a caer la niebla sobre Venecia y su laguna.

36

La vida es un teatro y hay una sola representación.

Aquella noche, la voz de Carla Ferenzi fue la más pura y divina de las voces humanas. Una voz igual que la de mis sueños.

Toda Venecia se había congregado en la Fenice para tener el privilegio de oír aquella voz. La entrada era gratis siempre que se llevara máscara.

Por todas partes, desde los pisos hasta el patio de butacas, la gente se hacinaba, charlaba, y a ratos cantaba, en medio de una confusión total. Únicamente se hablaba de Carla.

—¡Dicen que es la voz más hermosa del mundo!

Al poco se apagaron las luces y reinó por fin el silencio. Se alzó el telón. La orquesta atacó la obertura y dio comienzo la ópera. Se sucedieron unos y otros cantantes, con éxito desigual.

Al final del primer acto, el público se puso a gritar:

—*Prima donna! Prima donna!*

Querían que apareciese Carla. Todos habían acudido allí sólo por ella. Su papel comenzaba en el segundo acto. Cuando entró en escena, un murmullo recorrió la sala.

—¡Ahí está!

—¡Es ella! ¡Es Carla Ferenzi!

La tensión y la excitación habían alcanzado su paroxismo.

Carla avanzó, etérea, en medio de la luz, y lentamente se elevó su canto. De inmediato se pintó la emoción en todos los rostros. La voz de la joven llenó el teatro.

Al final del aria, subió tan alto, mantuvo la nota tanto tiempo, que se me heló la sangre.

Durante un instante, la multitud contuvo el aliento. Reinó un silencio opresivo, como un extraño torpor. Luego se oyó un tímido murmullo de comentarios, seguido al poco de una algazara general de aprobación.

Al final, resonó un estallido de gritos y hurras, y una explosión de atronadores aplausos llenó la sala.

—*Brava!*

—*Evvviva la prima donna!*

Carla cantó de nuevo, una sola vez. Y se produjo la misma magia.

Al final, corrí a su camerino.

Cuando me vio, cuando notó que iba a hablar, no me dio tiempo:

—Cállese, se lo suplico. No diga nada, nunca. No hable nunca de mi voz.

Como todos los demás, yo estaba fascinado y ella lo sabía.

—¿No habré defraudado al público? ¿Quizá habría podido aguantar la nota unos instantes más?

—¡Ha sido perfecto! ¡Qué triunfo!

—¿Sabe usted que uno de los violinistas de la orquesta ha tocado con su violín y se ha quedado maravillado por la calidad de su trabajo?

Le agradecí el cumplido balbuciendo unas palabras inaudibles. Mientras se peinaba, se volvió hacia mí:

—Para celebrar este éxito ofrezco esta noche una pequeña velada. ¿Le apetece venir?

No supe qué contestar.

—Tranquilícese, no será nada solemne. Sólo invito a unos amigos, con toda sencillez.

—Me encantará. Es mi última noche en Venecia y nada puede hacerme tan feliz como pasarla en su compañía.

—Entonces, quedamos así. Acuda usted a medianoche. Le esperaré.

Sonrió y volvió la cabeza para contemplarse en el espejo. Llamaron a la puerta. Llegaba un tropel de gente y Carla desapareció entre la multitud de sus admiradores.

Me retiré en medio de una enorme algarabía.

Al abandonar el teatro, mi ánimo oscilaba entre la felicidad de volver a verla y la tristeza de separarme de ella para siempre.

37

Cuando, a las doce en punto, llamé a su puerta, supe que Carla no me pertenecería nunca, que no sería más que un sueño inaccesible. Yo no era más que un modesto *luthier* y ella la hija de un conde de Venecia. Yo sólo era un oscuro artesano, que trabajaba retirado en su taller, mientras que a ella acudía a aclamarla toda Venecia a la Fenice. ¿Por qué diablos la había conocido y me había enamorado de ella?

El criado me abrió y me reconoció.

—La señorita le espera —dijo.

Entré y, mientras me quitaba la pelliza, oí risas que llegaban del salón. Me acerqué discretamente.

Cuando la vi, estaba reclinada en un canapé, una pierna doblada y la otra estirada sobre un cojín, el busto muy recto, una mano reposando en el brazo del canapé, mientras con la otra se acariciaba suavemente su esplendoroso cabello. De pie a su alrededor, seis jóvenes deslumbrados bebían sus palabras como un néctar. Al poco repararon en mi presencia y se interrumpió la conversación.

—Señores, les presento a Erasmus. Es el *luthier* de quien les he hablado —dijo Carla.

—Mis respetos, señorita.

Carla hizo las presentaciones, y me di cuenta de que a todos aquellos gentilhombres les traía sin cuidado un modesto fabricante de violines, por más que proviniera de la mejor escuela de Cremona.

Apenas había tenido tiempo de saludarlos a todos, cuando uno de ellos la tomó conmigo:

—Carla asegura que a pesar de su juventud es usted uno de los *luthiers* más capaces de su generación, y que el violín que ha hecho para ella es una pieza de gran valor. ¿Aprendió usted su arte con el gran Antonio Stradivarius?

—No directamente con él, pero es cierto que me formé en su taller. Fui alumno de su hijo Francesco.

—Ya me parecía —dijo otro—. Ese instrumento se parece a uno de los que vi en Cremona. Imagino que se lo debe usted todo al talento de sus mayores. Probablemente estará contento de poder imitarlos.

Me volví hacia el impertinente y lo fulminé con la mirada.

—Sepa usted que para ser un buen *luthier* se requieren otras cualidades que las de un imitador. Cada violín posee una sonoridad peculiar, unas cualidades únicas, y sólo se las debe a su creador. Sepa también que, aunque todos los violines se parezcan, cada uno es único.

—Vamos, señores —intervino Carla, visiblemente divertida por aquel pequeño altercado—, ¿cuándo dejarán los hombres de pelearse y de rivalizar en orgullo?

El silencio se hizo opresivo.

—Carla —dijo alguien—, ¿y si nos cantara usted algo?

—Eso, cántenos algo.

Carla se hizo de rogar un poco más, pero ante nuestra insistencia, y convencida de la necesidad de distender un poco el ambiente, acabó cediendo a nuestros deseos.

—Muy poquita cosa, entonces, porque me temo que sólo me queda ya un hilillo de voz.

Luego, cerrando los ojos, inspiró profundamente, entreabrió levemente los labios, y al punto brotó de su garganta un exquisito canto.

¡Su voz! ¡El sonido de su voz! Esa voz me enloquecía. Me sentía embriagado por aquella música, sobrecogido por aquella voz mágica que me procuraba tanta felicidad.

Cuando terminó de cantar, rompimos todos en calurosos aplausos.

—Lo que sí es seguro —dijo el impertinente volviéndose hacia mí— es que una voz como ésta jamás podrá igualarla instrumento alguno.

Yo contesté, irritado:

—No crea. El violín es el instrumento que más se parece a la voz femenina. Además, cubre todo su registro, desde la soprano hasta la contralto. Existe también una turbadora analogía entre el cuerpo de

una mujer y el de un violín.

—¿Quiere usted decir que violín y mujer no hacen más que uno?

—Estoy convencido.

—Es cierto —admitió el joven—. Hay que reconocer que existen sorprendentes similitudes. Pero de ahí a suponer que seria posible reproducir una voz, ¡y qué voz!, con un pedazo de madera, media un paso que usted no puede dar.

—Yo no supongo nada —dije con tono cortante—, ¡afirmo!

Comprendiendo que la conversación empezaba a cobrar un mal cariz, Carla decidió intervenir, y, clavando sus ojazos en los míos, dijo:

—¿Sería capaz, querido Erasmus, de demostrar lo que dice usted y de reproducir el sonido de mi voz con uno de sus instrumentos?

El joven, comprendiendo que Carla estaba de su parte, me miró soltando una risita.

Siguió un largo y terrible silencio durante el cual sentí todas las miradas clavadas en mí.

—Vamos, Erasmus, conteste, por favor —insistió la joven.

Quizá había llegado demasiado lejos en mi orgullo, pero era el único modo de declararle mi amor a aquella mujer. E hice esta promesa insensata:

—Carla, crearé el violín más perfecto del mundo. Sólo para usted. Poseerá su voz.

Poco sabía que, al aspirar a tal cosa, la perdería a ella para siempre, al tiempo que me perdería yo.

38

Regresé a Cremona y puse manos a la obra de inmediato.

Los únicos recuerdos que me había llevado de Carla eran el sonido de su voz y la delicada línea de su figura. A partir de aquellas imágenes, me dispuse a crear un violín único.

Mandé traer del Tirol la picea más noble para tallar en ella la tabla armónica, el alma y la barra armónica. Escogí el arce más resistente, de Bohemia, para recortar el fondo, los arcos, el puente y el mástil. El diapasón, el cordal y la ceja cobraron forma en el más duro ébano. Por fin, tras meses de trabajo, y después de ajustar las piezas, opté por un barniz compuesto de sustancias vegetales.

Esperé largas semanas antes de atreverme a tocar aquel violín. Una mañana, anhelante, le arranqué la primera nota. Resultó un desastre.

Comprendí al punto que me había equivocado. El sonido del violín no guardaba parecido alguno con la voz de Carla.

Rabioso, arrojé el violín al suelo, donde se hizo trizas en medio de un estruendo de cuerdas y maderas rotas.

Me atreví entonces a lanzar esta alocada apuesta, de la que todavía hoy me arrepiento:

—Juro que lo intentaré una y otra vez, hasta reproducir su voz en un violín tan negro como sus ojos.

Y en ese preciso instante concebí la idea del violín negro.

39

Estaba de pie ante mi mesa de trabajo, cuando una fulgurante idea cruzó por mi mente.

¿Por qué no creaba un violín idéntico de todo punto a Carla? Si quería reproducir su voz, ¿no debía inspirarme antes que nada en su cuerpo? Necesitaba, sin la menor duda, fabricar un violín tan negro como sus ojos y sus cabellos.

Recordé que en la biblioteca del taller había un pequeño tratado, escrito por Antonio Stradivari, que mencionaba la fabricación de un violín compuesto en su mayor parte de ébano. Di con él y descubrí, feliz, que en el libro figuraba además una fórmula secreta para elaborar un barniz negro, barniz que yo no había utilizado nunca. Valiéndome de tan preciosas informaciones, me puse de nuevo a trabajar.

La confección del cuerpo del instrumento, y en particular de la caja de resonancia, no fue empresa baladí. El ébano es una madera asombrosamente dura, que requiere una energía y una precisión extraordinarias. Tampoco el montaje resultó nada fácil, pero lo llevé a término con mucha paciencia. Por último, la fase de barnizado, a la que dediqué mucho tiempo y esmero, me llevó varias semanas.

Dos meses más tarde me hallaba en posesión, por primera vez en mi vida, de un magnífico violín negro.

Una noche de tormenta, decidí probarlo.

Fuera, los relámpagos iluminaban el cielo y el viento soplaba a ráfagas. Se había secado la última capa de barniz, y había llegado el momento de probar su sonoridad.

Tomé el violín entre mis manos y acaricié delicadamente el barniz. Bajo mi mano, la madera se puso a cantar. Comprendí que era un instrumento excepcional.

Entonces cogí un arco y comencé a tocar.

El arco se deslizó sobre las cuerdas como una pluma que se posa sobre la superficie del agua. Brotó el primer son: era la voz de una mujer. De una soprano.

Temblando de felicidad, permanecí unos instantes en suspenso, comprendiendo que acababa de realizar mi más caro sueño.

40

Regresé por última vez a Venecia unos días más tarde. Era invierno. El *acqua alta* había inundado la ciudad y, en algunos lugares, había más de un metro de agua en las callejas de la Serenísima. De todas formas, me sentía totalmente ajeno a aquel triste espectáculo. Lo único que me importaba era que Carla oyese el sonido del violín negro.

El palacio Ferenzi parecía hundirse lentamente en las aguas de la laguna. Tuve que amarrar la góndola a los barrotes de una ventana. El muelle estaba inundado, y las olas depositaban algas verdes en los peldaños de la escalinata.

No me abrió un criado, sino el mismísimo conde Ferenzi. Para mi gran sorpresa, tenía las mejillas hundidas, sus ojos se habían tomado vidriosos y su piel tenía la tonalidad de la cera.

Parecía tremendamente abatido bajo el peso de una inmensa pena.

—¡Ah, señor Erasmus! —exclamó al verme—, le envía a usted el cielo. Tal vez pueda ayudamos.

—¿Qué sucede? ¿Está usted enfermo?

Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.

—Yo no. Yo me encuentro más o menos bien. —Cerrando casi la boca, susurró—: Carla.

—¿Carla? ¿Qué le ha ocurrido?

—Ah, si yo pudiera saberlo… Está muy enferma. Diez días lleva ya en cama.

—¿Puedo verla?

Sin aguardar respuesta, entré en el vestíbulo, corrí a la escalera y subí los peldaños de cuatro en cuatro. Abrí la puerta de la habitación y descubrí a la joven echada en la cama, palidísima, demacrada. Tenía muy mal aspecto. Me acerqué de puntillas.

—Carla —dije conteniendo el aliento—, ¿qué tiene usted?

Volvió lentamente la cabeza hacia mí, y por la expresión de sus ojos comprendí lo mucho que sufría.

—Mire, le he traído el violín que le prometí. ¡Escuche esta sonoridad! ¡Escuche esta música!

Me limité a deslizar el arco por una cuerda, y en el rostro de Carla se pintó de inmediato una expresión de terror. Retuvo mi brazo, pareciendo implorarme con la mirada.

—Es una terrible desgracia —dijo el conde, que había subido tras de mí—. Desde que empezó a encontrarse mal, tiene una fiebre altísima que no remite, y los médicos no aciertan a encontrar la causa. La desdichada niña lleva así una semana, luchando entre la vida y la muerte.

Contemplé a Carla, tumbada en su cama, el rostro transido de tristeza.

—¡Y lo más terrible —añadió Ferenzi— es que, desde la noche en que enfermó, perdió la voz!

Me acometió una especie de vértigo, todo me daba vueltas y tuve que asirme a la puerta para no desfallecer.

—¿Qué le sucede?

—Nada, nada. Un simple mareo.

Miré por última vez el rostro de Carla y vi que lloraba. Salí de la habitación y, titubeando, abandoné el palacio.

III

41

Johannes permaneció largo rato sin pronunciar palabra.

Se tomó una copa de aguardiente, mirando a Erasmus a los ojos, y prosiguieron la partida de ajedrez.

—¿Volviste a verla?

—No. Nunca más.

—Sin embargo, si te instalaste en Venecia fue por Carla Ferenzi.

—Sí. Fue por ella. Pero tardé bastante en volver a Venecia. Viajé, como te he dicho. De Cremona fui a París, para ejercer mi oficio, pero sobre todo para tratar de olvidar aquel episodio. Cuando comprendí que nunca podría olvidarlo, regresé a Venecia. Pero era ya demasiado tarde. Demasiado tarde para todo. Carla había muerto.

Erasmus enmudeció, y Johannes comprendió que el anciano no volvería a hablar.

Aquella noche, Erasmus perdió la partida de ajedrez. Era la primera vez que sucedía.

También era la primera vez que hablaba de sí mismo. Que lo hacía de verdad.

Con las primeras luces del alba, cuando concluyó la partida, Erasmus le preguntó a Johannes:

—¿Sabes lo que es un tablero mágico?

—No.

—Es un tablero gracias al cual no pierdes nunca. Hasta que lo traicionas. Toma, desde ahora es tuyo.

42

Fueron pasando los días en la lentitud del invierno. Ninguno de los dos volvió a mencionar a Carla.

Una noche de diciembre, Erasmus enfermó, víctima de una extraña enfermedad que le produjo mucha fiebre.

En su delirio, pronunció entrecortadamente un nombre:

—Carla… Carla… Carla…

Tres veces.

Johannes permaneció en la cabecera de su cama, sumido en el desconsuelo.

Al día siguiente, el anciano había perdido el uso de la palabra.

43

La mañana del 1 de enero de 1798, Erasmus murió mientras dormía.

Para su entierro, contrataron un coro infantil. Uno de los niños tenía un timbre especial, lleno de tristeza, un tono de dolor que sólo podían alcanzar los mejores violines del maestro. Con Erasmus, digno discípulo de Antonio Stradivari, desaparecía el secreto de los grandes violines del mundo.

Tras la celebración de la ceremonia en San Zaccaría, el ataúd fue depositado en una barca negra y la góndola mortuoria abandonó el centro de la ciudad camino del cementerio de San Michele. Johannes, que formó parte del cortejo, tenía la impresión de asistir a su propio entierro.

Caía la lluvia sobre Venecia, una lluvia fina, apretada. Sólo se oían las gotas sobre el Gran Canal, el chapoteo del agua golpeando el costado de las góndolas, y el viento, que lloraba a ratos entre las piedras.

El cortejo fúnebre atracó en el embarcadero del jardín de las tumbas, donde depositaron el ataúd. El violinista arrojó un puñado de tierra en la tumba del *luthier*. Se santiguó. Luego abandonó apresuradamente la isla y regresó a Venecia sin volver la cabeza.

44

Una vez en el taller de Erasmus, Johannes empezó a pasearse por toda la casa, contemplando cada objeto del maestro. Luego se sentó desconsolado ante el tablero de ajedrez y, con gesto lleno de amargura, desparramó las piezas por el suelo.

Entonces oyó un sonido extraño. Una música procedente de no se sabía dónde.

Johannes se acercó lentamente al rincón oscuro del que parecía brotar la música. Encendió una vela y, poco a poco, avanzó hacia aquel misterio. El sonido provenía del violín negro.

Con mil precauciones, Johannes tomó el instrumento, lo contempló, cogió un arco y, cerrando los ojos, se puso a tocar. La primera nota le hizo estremecerse. Por extraño que pudiera parecer, aquel violín —de eso no le cabía ya la menor duda— poseía el poder de enloquecer a quien lo tocaba.

Aun así, tocó otra vez, por desafío, pero luego se echó atrás y, furioso, arrojó el violín al suelo.

Al tocar el suelo, el instrumento se rompió y emitió un sonido extraño, como un grito de mujer.

Johannes, presa de vértigo, salió a la callejuela y echó a correr hasta quedarse sin aliento.

45

A los pocos días, Johannes abandonó Venecia con el ejército francés y regresó a París.

Nunca volvería a ver Italia.

Johannes Karelsky tardó treinta y un años en componer su única ópera. Treinta y un años tardó en liberarse de una voz, de un sueño, y en tratar de olvidar la historia de Erasmus y del violín negro.

Y, durante todos aquellos años, no volvió a tocar el violín.

El día en el que le dio el último toque al último compás de su ópera, comprendió que todo su trabajo había sido inútil. Nunca podría cantarla nadie como Carla Ferenzi.

Entonces, movido por una curiosa inclinación que rayaba realmente en la locura, cogió el cuaderno en el que durante tanto tiempo había ido transcribiendo sus notas y lo arrojó a la chimenea. En pocos segundos vio desaparecer entre las llamas la obra de su vida.

—Ya está —se dijo—, por fin he acabado con esta historia.

Luego, con el cuerpo cansado pero el alma serena, se tumbó en la cama, y, por primera vez en su vida, supo que era feliz.

Había escrito su ópera imaginaria.

Aquella misma noche murió sin darse cuenta, sumido en la profundidad de su sueño, en el calor de su sueño.

Y nadie supo nunca que había sido un genio.

Maxence Fermine pasó su infancia en Grenoble aunque más tarde viviría trece años en París. Cursó estudios en la Facultad de Letras pero los abandonó al decidir trasladarse a África.

Tras viajar por varias ciudades africanas finalmente se establece en Alta Saboya. En esta ciudad reside actualmente con su esposa y sus dos hijas.

Con una carrera literaria corta en el tiempo y con una sorprendente juventud para un escritor de novelas, Maxence Fermine ha conseguido un gran éxito de crítica. Su primera novela *Nieve*, que publicó a la edad de treinta y un años, le supuso desde el principio su consagración como gran promesa de la literatura contemporánea.

En su estilo se percibe la búsqueda de la pureza, la utilización inteligentísima de los recursos, la reducción y limpieza del lenguaje. Aunado esto con una fortísima sensibilidad para la belleza hace que sus hermosos cuentos se conviertan en pequeñas joyas que dejan al lector ebrio de poesía.